

*A William Booth,
Mary Patricia O'Connor
y
Carolyn Koppel*

Anne-Marie O'Connor

La dama de oro

La historia extraordinaria del *Retrato de Adele Bloch-Bauer*,
obra maestra de Gustav Klimt

Traducción de Hipatia Argüero Mendoza



Vaso Roto / Ediciones

PRIMERA PARTE
Emancipación



Adele Bauer a la edad de dieciséis años, vestida de sílfide de la primavera,
para recitar un poema con ocasión de la boda de su hermana. Marzo de 1898.
(Fotografía cortesía de Maria Altmann).

La Viena de Adele: poemas y privilegios

Era 1898 y el diablo mismo parecía bailar en Viena.

Katharina Schratt, amante del emperador Francisco José y la actriz de mayor renombre de la ciudad, amenazaba con retirarse de los escenarios a menos que el Burgtheater (Teatro Imperial) representara una escandalosa obra de Arthur Schnitzler que exaltaba el amor libre. Resultaba impensable que la actriz más aclamada de Viena renunciara a su carrera en el año del jubileo, el quincuagésimo aniversario del gobierno del monarca austrohúngaro. Por ello, cuando el telón se levantó en el estreno de *El velo de Beatriz*, el emperador se encargó personalmente de que su amante apareciera en el escenario bajo un velo negro para interpretar el papel de la mujer seducida.

Si alguna vez había sido inconcebible que el emperador austriaco cediera de manera pública ante los caprichos de una actriz cualquiera, ahora Viena se había convertido en un hervidero donde nada parecía imposible.

Durante cientos de años, la gran dinastía de los Habsburgo había reinado en este puente entre Oriente y Occidente. Detrás de los inmensos muros fortificados, su frívola corte había unido la aristocracia de Alemania, Italia, Polonia, Checoslovaquia y Croacia en una sola casa real, cuya capital multicultural tenía tantos ornamentos como un huevo Fabergé. Incluso los alemanes adoptaron atavíos elaborados y una cadencia cantarina por la influencia suavizante del italiano y el francés, así como costumbres barrocas como besar la mano: *kuss die Hand*. Esta cultura hedonista era tan desvergonzada que un archiduque Habsburgo declaró el vino como «el principal alimento de la ciudad de Viena».

Ahora las murallas antiguas de Viena se habían derrumbado y una oleada de forasteros comenzaba su invasión desde Bohemia,

Moravia, Galitzia y Transilvania. Era común escuchar una docena de idiomas en una sola calle, o en una sola taberna.

Esta nueva Viena era contradictoria. A pesar de ser una de las ciudades más ricas de Europa, sus inmigrantes se encontraban entre los más pobres. La construcción de los nuevos palacios opulentos hizo muy poco para enmascarar la preocupante falta de vivienda. Los médicos vieneses se dedicaban a crear la medicina moderna; practicaban cirugías pioneras, descubrieron gérmenes, el virus de la polio y los grupos sanguíneos. Sin embargo, la sífilis, aún incurable, se propagaba desenfrenada. Mientras Sigmund Freud arrojaba luz sobre los impulsos desconocidos del sexo y la agresividad, la xenofobia y el antisemitismo llegaban a ser tan burdos que algunos creían que los judíos asesinaban niños para leudar el matzo con sangre. Famosa por su espíritu alegre, «la ciudad sagrada de los músicos» tenía el índice de suicidios más alto de Europa.

Al parecer, la consagrada casa de Habsburgo, a la que habían pertenecido los reyes del Sacro Imperio romano germánico y presumía de ancestros como César y Nerón, comenzaba a desmoronarse. El emperador Francisco José mantenía un amorío con una actriz. Su esposa, la emperatriz Isabel, detestaba la vida en la corte y pasaba su tiempo viajando a lo largo y ancho del continente, ganándose la reputación de ser la mujer liberada más célebre de Europa. Su hermano, Maximiliano, había ido a México a jugar al imperio en una desafortunada aventura que terminó con su ejecución por un pelotón de fusilamiento. Su esposa, Carlota, enloqueció en un castillo de Bélgica.

La dinastía que había unido a Europa y las Américas se había transformado en la más disfuncional de las familias del Imperio. Los arribistas buscaban derrocar el orden social. Judíos prominentes, como Gustav Mahler —que se había convertido al catolicismo para poder acceder a un puesto imperial como director de la Ópera Estatal de Viena—, empezaban a ser considerados solteros cotizados, y les rondaban las jóvenes católicas ricas y jóvenes de la alta sociedad. Intoxicadas por el vals, las jovencitas de Viena terminaban en brazos

de los forasteros. «Africanos de sangre caliente, enloquecidos por la vida... inquietos... apasionados», escribió el consternado director del Burgtheater. «El diablo está suelto... y en una sola noche los vieneses se le unieron».

Incluso durante este «Apocalipsis alegre», Viena mantuvo un encanto profundamente conservador, con sus palacios nevados y sus parques, sus cafés aromáticos y sus seductores carritos de postre rebosantes de pasteles y chocolates rellenos de licor dulce. En Viena, ciudad poseída por una obsesión infantil con la ornamentación, rosas doradas escalaban los balcones mientras diosas de piedra enmarcaban los umbrales; las gárgolas resplandecían desde las cornisas y hombres hercúleos desnudaban sus imponentes pechos desde las fachadas.

Hasta el ejército imperial era tan festivo como una banda de música. El emperador Francisco José vestía pantalones escarlata ribeteados con trenzas doradas; sus oficiales y húsares se pavoneaban por las calles de Viena con uniformes morados, salmón o azul celeste, engalanados con cordones rojos, siempre custodiados por las largas de sus cascos.

En la Viena de 1898 para las familias adineradas como los Bauer aún era posible conservar las ilusiones; podían reunirse una tarde de marzo en su elegante apartamento sobre la avenida Ringstrasse, cuando el almizcle dulce de las lilas comenzaba a inundar el aire húmedo.

Adele Bauer estaba de pie frente a su familia, envuelta en una túnica griega que revelaba una silueta esbelta, como la de un jarrón largo y delicado. Su cabello espeso y oscuro le llegaba hasta la cintura. A los dieciséis años, Adele estaba a punto de cruzar esa misteriosa línea entre ser una niña y convertirse en mujer. Vestida como sílfide de la primavera, sostenía un cuerno de la abundancia de mimbre lleno de flores y tallos primaverales. Con su elegancia, actitud suntuosa y profundos ojos seductores, Adele podría haber sido una actriz como Katharina Schratt, quien reinaba unos metros más abajo de la Ringstrasse, en el Burgertheater. Por ahora,

las reuniones familiares Bauer serían el único escenario para la consentida Adele, hija menor del banquero vienés Moritz Bauer.

Hoy Adele leería un poema con ocasión de una boda de la familia. En el plazo de dos días, su hermana, Therese Bauer, formalizaría su unión con Gustav Bloch, el jovial hijo de un prominente barón del azúcar de Checoslovaquia. Por ello había un aire dinástico en los rituales en el salón de la familia Bauer, una habitación lujosamente amueblada y decorada con espejos dorados, retratos enmarcados de sus ancestros y un reloj ornamental adornado con un carro romano de oro.

Las celebraciones de la familia Bauer siempre tenían un toque teatral. Los amigos tocaban música mientras los invitados bailaban vals. Un poema especial elevaba la atmósfera más allá del plano de lo ordinario para invitar a los presentes a compartir el significado profundo del momento.

El silencio recorrió la habitación.

—¿Me reconocen? ¿Debo presentarme? —comenzó Adele con una voz suave pero intensa, con un deje de intriga—. ¿Saben quién habla?

»¡Traigo alegría, deseos de vivir! Ahuyento las tristezas y lamentos. En una palabra, soy el Espíritu Bondadoso de la casa.

La liviana joven en verdad parecía un espíritu, o un hada de agua, o la musa ágil de una vasija etrusca.

Gustav Bloch le sonrió a su futura esposa, Therese, la muy discreta hermana de Adele. Gustav, un hombre guapo de espeso bigote, había cortejado a Therese con las intrincadas cortesías adecuadas para acercarse a la hija conservadora de un banquero consolidado.

Ferdinand, hermano de Gustav, estaba de pie a su lado admirando a Adele. Ferdinand estaba destinado a tomar las riendas de la industria de remolacha azucarera de su padre en Checoslovaquia. Los barones de azúcar eran como los jeques del petróleo de una Viena enloquecida por los dulces, y su riqueza aumentaba con cada pico en el precio de este oro blanco. Ferdinand, soltero amable y

hogareño, tenía dos veces la edad de Adele y coleccionaba delicada porcelana del siglo XVIII. Serio y metódico, Ferdinand era tan distinto de su hermano, amante de las reuniones en cafés, como Therese de su hermana y su inclinación por el arte y la literatura.

Sin duda, la convencional Therese sería capaz de enderezar al *bon vivant* que Ferdinand tenía por hermano. ¡Pero su hermana!, Adele parecía una pequeña y encantadora diosa pagana.

—Soy una criatura de esta casa, que siempre he amado, siempre he habitado, y pocas veces he abandonado —recitó Adele—. Mi peor enemiga es la tristeza que me ha apartado.

Ferdinand sufría de melancolía recurrente. Escuchó con mayor atención.

—¡Pero ahora miren que he brotado más fuerte! —dijo Adele con triunfo teatral—. ¿Y cómo he regresado? Entera y firme, con todo el poder que puedo convocar.

»¿Cuánto disfruto al verlos aquí? Pueden vislumbrarlo en mis ojos brillantes, en mis mejillas sonrojadas. Mi obra maestra son ustedes, aquí reunidos —dijo Adele con emoción creciente mientras los invitados sonreían.

Ferdinand estaba cautivado. ¿Cómo había conseguido su despistado hermano comprometerse con tan encantadora familia vienesa?

—Como pronosticaron mis pequeños espíritus —dijo Adele—, la felicidad se ha mudado con los Bauer.

La mirada de Ferdinand vagó hasta encontrar un marco dorado con el retrato color sepia de la madre de Adele, ataviada al atrevido estilo previctoriano. Su vestido colgaba a la mitad de sus delgados hombros, revelando un discreto escote. Resultaba evidente que Adele había heredado mucho de su madre.

—¿No es cierto que Cupido, con su arco y flecha, ha tenido excelente puntería? —preguntó Adele al tiempo que tomaba las manos de Gustav y Therese—. Yo lo sentí, en el latir de mi corazón; en la sangre que corre por mis venas; ¡lo siento en el cálido relámpago afortunado que invade mi ser!

El poema era largo. Los invitados cambiaban de un pie a otro impacientemente, pensando en el champán y la carne al horno que esperaban. Ferdinand se preguntó si sería posible conseguir un sitio junto a Adele.

–¡De pronto he olvidado las palabras! –Adele se detuvo traviesa–. Mis deseos suben hasta mis labios. En mi interior hay una tormenta de emociones, y cada una exige salir de inmediato.

Los camareros comenzaron a servir copas de champán.

–Pero la *Hausfrau* me mira con cierta impaciencia –dijo Adele con una sonrisa dirigida a su madre–. Ella quiere que saboreen sus habilidades culinarias. Y el hombre de la casa desea que juzguen la cosecha de sus vinos. Por tanto, me despido.

»Brindo por ustedes con toda la fuerza de mis pulmones y un poco más: ¡larga vida a la novia y el novio!

Todos levantaron su copa. Ferdinand, digno pero severo, brindó en silencio por la deslumbrante niña, casi mujer, de blanco: cautivadora encarnación de juventud y esperanza.